

Ígneo

Capítulo X: El escondite

- ¡Yo puedo subir más alto! – gritó la pequeña Kiara a sus compañeros. - ¿Cuánto apostáis a que llego a lo más alto de todo?
- No, si llego antes que tú – dijo el joven Num, mientras trataba de alcanzarla.

Los niños trataban de subir a través del intrigado mecanismo de la catapulta hasta llegar a lo alto del todo. Debajo de estos dos estaba Maat, que trataba a duras penas de alcanzar a sus compañeros y los gemelos Sate y Shune, que miraban con temor hacia lo alto y no se atrevían a avanzar.

- Aparta Kiara si no quieres que te tire – dijo Num mientras se acercaba a ella.
- No me das miedo, ayer mismo te machaqué jugando a los guerreros, hoy no va a ser distinto.

Y así los dos niños continuaron subiendo, desafiando a cualquier ley de la gravedad que los dioses se hubiesen atrevido a escribir. Se acarraban a los clavos de hierro que sobresalían, a las cuerdas y las sogas que colgaban por doquier, de los tablones de madera y los enormes troncos que constituían el esqueleto de aquella máquina de guerra. Parecía que Num comenzaba a ganar terreno, pero Kiara no se dejó amedrentar y avanzó más deprisa, de forma cada vez más temeraria, con los pies desnudos corriendo más, apoyándose más levemente y sin ningún tipo de miedo a las alturas. Pronto el suelo se convirtió en apenas un vago recuerdo y mientras superaba a Num y se acercaba a la cima, podía sentir el aliento de los cielos que comenzaba a saludarla.

- ¡Bajad de ahí pequeños granujas! – gritó una voz desde el suelo. – En cuanto os eche la mano encima os vais a llevar una buena lección.
- ¡Kiara! ¡Los soldados! – gritó aquella hormiga que era Maat. – ¡Salid de ahí!

Y a regañadientes y abandonando de nuevo a los dioses en su morada. Y rápidamente, incluso más de lo que habían subido, descendieron de nuevo a tierra. Y corrieron con todas sus fuerzas para escapar de los soldados que les habían descubierto.

- ¡Volved aquí! – gritaron los soldados, pero sus voces se las llevó el viento y no pudieron hacer nada para perseguir a las jóvenes y pequeñas piernas que escapaban de su dominio.

Y corriendo se adentraron en la Plaza Imperial, en pleno Centro de los esclavos, donde había comenzado a organizarse todas las tropas y se construían las catapultas y armamento que había empezado a adornar la ciudad como si estatuas de extrañas formas se trataran.

Una vez se mezclaron con la multitud supieron que se encontraban a salvo, los soldados nunca los encontrarían entre tanta gente y aunque lo hicieran no tardarían nada más que un segundo en volver a desaparecer entre las piernas de la gente.

- ¡Seguidme! -dijo Kiara mientras los demás pequeños iban detrás suyo.

Atravesaron por completo la plaza hasta llegar a unas calles más tranquilas, donde podían hablar sin temor a que la marea de gente los llevara de un lado a otro.

- Nos han pillado justo en el momento más emocionante -dijo Num.
- Y yo que pensaba que los guardias esclavos serían más simpáticos que los imperiales – dijo Maat con aquella voz aguda tan característica suya.

- Por lo menos nunca nos han tocado – contestó Kiara. – Los imperiales no tardaban en pegarte si les apetecía.
- Nuestra madre dice – dijo Sate mientras miraba a su hermano. – Que ya nunca más vamos a ser esclavos, así que no tenemos que tener miedo ni inclinarnos ante nadie.

Los niños se asintieron los unos a los otros. Por un momento todo parecía demasiado tranquilo y para las mentes llenas de intrigas y completamente llevadas por el frenesí de la juventud, eso no podía ser más que una clara señal de que el aburrimiento estaba a la vuelta de la esquina.

- ¿A qué os apetece jugar ahora? – inquirió el gemelo Shune.
- A gladiadores contra el Emperador – dijo Maat, que era su juego favorito.
- Ayer ya nos pasamos toda la tarde jugando a eso – replicó Kiara. – Propongo que juguemos al escondite. Tiene más emoción.
- ¡Qué buena idea! – exclamó Num. – Podemos jugar por todo el barrio para que sea más difícil.

Los niños mostraron su entusiasmo ante el juego, listos para comenzar a divertirse.

- Pero ¿quién se la queda el primero? – preguntó Kiara.
- Obviamente tú – le contestó Sate. – Por proponer el juego.
- Pero eso es injusto.
- El pueblo ha hablado Kiara – dijo Shune apoyando a su hermano. – Te toca obedecer.
- Está bien – dijo a regañadientes la aludida. – Pero os pienso machacar. Empezad a correr que cuando llegue hasta treinta voy a por vosotros.

Como víctimas del más intenso pánico, los niños comenzaron a correr de un lado a otro y en un momento habían desaparecido, dejando a Kiara con los ojos cerrados en medio de la calle, tratando de contar hasta que pasara el tiempo.

En realidad, la niña sabía que los pobres gemelos solían tardar mucho más en encontrar un buen escondite, así que dejó alargar sus números hasta la extenuación para así concederles un poco más de tiempo.

- ¡Voy! -gritó a los pocos transeúntes que había por la calle.

Empezó a correr hacia el fondo de la calle, ya que la intuición le decía que sus amigos estarían por allí, solía ser muy buena en este tipo de juegos.

Sin embargo, en cuanto giró en la esquina se topó con un obstáculo que golpeó con todo su impulso, cayendo hacia al suelo. Aturdida miró hacia arriba y se encontró con dos figuras imponentes como colosos que la miraban desde las alturas.

- Ten más cuidado por donde vas muchacha – dijo una de esas enormes esculturas.
- Aem, sé más amable con la niña, que la pobre no te ha visto – dijo la segunda voz mientras se acercaba a ella y la ayudaba a levantarse. - ¿Te has hecho daño?

La niña negó muda de asombro, reconocía aquella cara, siempre desde las alturas gritando y exaltando a los esclavos en la Plaza Imperial.

- Creo que por aquí guardo algún dulce – dijo el famoso gladiador, mientras buscaba en el fondo de sus bolsillos. - ¡Aquí está!

Y le ofreció un cristal de azúcar de los Prados que la niña aceptó temerosa sin atreverse a pestañear.

- No estés asustada, no tienes que tenernos miedo -dijo con voz suave y amable. – Disfruta del cristal, normalmente lo uso para calmarme los nervios, pero creo que tú lo disfrutarás más. – Sigamos Aem, una batalla de esta envergadura no se prepara sola.
- Y tú, pequeña amiga – continuó el gladiador. – Disfruta de la infancia que tanto estamos luchando para que consigas.

Y se marcharon las dos figuras, dejándola con un cristal de azúcar en las manos y un leve gracias en la punta de la lengua. Se quedó en el mismo sitio durante unos minutos, sin poder creer a quien acababa de encontrarse, pero al momento, con la mente que caracterizaba a los niños, le quitó importancia para volver a centrarse en su misión principal: encontrar a sus amigos y ganar el juego.

Pero mientras volvía a emprender el camino por las calles de Androl se metió en la boca el cristal de azúcar, que la golpeó con su dulzura con tanta fuerza que no pudo hacer otra cosa que quedarse durante unos segundos tratando de volver a asimilar el mundo de nuevo.

“Lo que se han perdido” dijo la niña pensando en sus amigos, desde luego no tenían tanta suerte como para que les regalaran un cristal de azúcar.

Sus pensamientos volvieron al juego, tenía que concentrarse con todo su ser si pretendía conseguir encontrarlos a todos. Y así siguió andando hasta llegar a una pequeña plaza, de esas que aparecen sin que te des cuenta en medio de una ciudad y dejan entrever un pequeño encanto que efímeramente desaparece en cuanto vuelves al laberinto de las calles. Sin embargo, en esta ocasión la plaza era un hervidero de actividad y desde luego su embrujo había desaparecido por completo: había soldados por todas partes, practicando formaciones y gritando hacia el cielo órdenes que no les encontraba mucho sentido.

En una de las paredes de la plaza estaba llena de armas, desde lanzas a espadas, a arcos y flechas, todos ordenadamente dispuestos como si otros soldados se trataran, pero con una mayor disciplina todavía. Y parecía un buen escondite.

Se acercó hasta allí, y al instante se dio cuenta de que algo no estaba todo lo correcto que debería. Un par de lanzas parecían estar cansadas de su rígida posición y estaban levemente inclinadas. Kiara se acercó hacia ellas.

Pasó entre las lanzas y se encontró con una fila de ellas, y también, otro par de ellas parecían más torcidas, y así se fue aventurando en el armamento, fijándose en aquello que parecía estar más fuera de control hasta que finalmente sintió que se encontraba en otro lugar, en un laberinto silencioso con las estrellas sobre su cabeza y mientras los gritos y la luz del sol desaparecían a su alrededor podía sentir como cada vez más el peligro aumentaba. Como las paredes del laberinto se hacían más sólidas y al fondo, la oscuridad que casi parecía palpable se iba transformando, dando lugar a dos ojos que parecían dispuestos a saltar sobre ella en cualquier instante.

- ¡Te encontré Num! – gritó la niña mientras los ojos revelaban al chico que había detrás. – Has sido el primero.
- Maldita Kiara – se quejó el niño. - ¿Cómo me has encontrado?
- Has ido dejando un rastro detrás de ti.
- Encima que pensaba que era un buen escondite.

Y salieron los niños de la oscuridad del laberinto para volver a los gritos y la luminosidad de aquella plaza.

- Os espero en el mercado cuando hayas encontrado a todos – dijo Num. – Hasta entonces ¡suerte!

Y se fue corriendo, dejando a Kiara de nuevo al frente de su importante misión. Salió de la plaza donde los soldados continuaban entrenando para volver a los callejones de la ciudad.

Allí se dejó llevar por los olores del viento: primero siguió el denso frescor de la lavanda sobre las ventanas, para después decantarse por la del ácido vino que se derramaba sobre los suelos de las bodegas, pero finalmente hubo uno que le atrajo más que otro: el de la comida. El de panes y guisos que empapaban el ambiente y lo convertían en una delicia, solo de pensarlo se le había la boca agua y como atraía por un encantamiento empezó a dirigir sus pasos irregulares hacia aquel edén.

Y llegó hasta uno de los almacenes que estaban repartidos por todo el territorio del Centro, los lugares donde se guardaba la comida y era repartida entre los esclavos. Además de los propios almacenes, justo al lado solían tener unas cocinas en las que a determinadas horas del día repartían comidas calientes entre todo aquel que lo solicitara.

Kiara se dirigió hacia allí: los cocineros se movían de un lado a otro sin ningún tipo de control, gritando órdenes como si trataran de imitar la disciplina de los soldados, pero con unos resultados muchísimo menos eficientes. No se fijaron en la niña que se colaba entre sus piernas y rodeaba los fuegos con sus pequeños pies.

Y sin saber cómo, encandilada tal vez por los maravillosos olores que salían de las cazuelas y sartenes, terminó flotando en aquellos vientos que la llevaron sin saber muy bien como hasta el enorme almacén.

Allí los sonidos de las cocinas solo llegaban amortiguados, como una canción perdida en el paso del tiempo. Y otra vez pudo sentir que allí había algo que no encajaba: algunas cajas estaban desplazadas de su lugar correcto, había algunos alimentos por el suelo y todo parecía indicar que allí había algo que no cuadraba del todo.

Decidió aventurarse en el mar de calma que se respiraba allí, únicamente con la barca de su valentía como ayuda.

- ¡Salid de ahí! – gritó al aire.

Al instante, unos leves suspiros llenos de miedo le llegaron desde el fondo de la sala. Y allí dirigió sus pasos, remando contra las cajas y los sacos llenos de granos, superando las olas de hortalizas y los salados que se precipitaban desde las esquinas.

- Os encontré – dijo Kiara mientras se paraba delante de los gemelos Sate y Shune, que trataban en vano de ocultarse detrás de un montón de paja.

Los niños gritaron llenos de pánico durante un segundo y después se transformaron en risas a las que la intrépida aventurera pronto se unió.

- ¿Nos has encontrado los primeros? – preguntó Sate.
- No – contestó entusiasmada Kiara. – He machacado a Num el primero de todos. Solo me queda encontrar a Maat.
- Pues suerte con ello – dijo Shune. - ¿Quieres que te acompañemos?
- No – dijo seriamente Kiara. – Esto es algo a lo que tengo que enfrentarme sola. Tengo que ganaros a todos. Num dijo que esperaría en el mercado así que podéis ir allí.

Se despidió de los niños que salieron corriendo del almacén y ella siguió sus pasos hasta llegar a la calle de nuevo.

Continuó con su aventura, sin dejarse guiar por nada más que por su simplemente su propio divagar, hasta llegar a un callejón sin salida.

Algo le decía que tenía que encontrar algo importante, pero no podía averiguar de qué podía tratarse, dado que allí todo parecía bastante normal. Sin embargo, algo la llamaba desde el suelo, un pequeño objeto que parecía tirado sin ningún tipo de miramiento, como si hubiese sido abandonado o como si se hubiese caído cuando su dueño huía. Se trataba de una pulsera de cuero, que apenas destacaba contra el suelo pero que Kiara no tardó en reconocer: era de Maat, siempre la llevaba puesta y muchas veces habían comentado lo bonito que era su trenzado, de hecho, algunas noches calurosas, cuando se tumbaban en el suelo para observar las estrellas, Maat le había dejado ponerse aquella pulsera y Kiara podía haber admirado todavía más su belleza.

La recogió del suelo y la guardó en uno de sus bolsillos. Observó a su alrededor, en aquel callejón sin salida no parecía haber ningún tipo de escondite, a no ser que se pudiera haber ocultado entre las gritas de las piedras.

Pero sobre una de las fachadas una hiedra crecía hasta el tejado, era vigorosa y erguida, orgullosa de poder abrazar con su fuerza a la piedra y conseguía llegar hasta las alturas. Y si te fijabas un poco algunas partes estaban aplastadas y algunas hojas parecían partidas. Esa era la pista que necesitaba.

Comenzó a trepar por la hiedra, en principio con miedo e insegura, pero pronto aprendió cuales eran los puntos más firmes y donde podía agarrarse sin temor. Poco a poco así fue llegando hasta las alturas, sin atreverse a mirar al suelo que quedaba allá a lo lejos y rezado a los astros para que la planta continuara tan firme y tan segura. Parece que su plegaria fue escuchada porque las verdes hojas de la hiedra terminaron por depositarla sobre las rojas tejas del tejado, sobre las que se arrodilló para tratar de recuperar el aliento.

- ¿Pero cómo me has encontrado aquí? – le llegó la suave voz de Maat. – Pensaba que no me encontrarías ni en un millón de años.
- Intuición – dijo Kiara con una sonrisa.

Las niñas se abrazaron y rieron al mismo tiempo.

- Mira lo que he encontrado por el suelo – dijo Kiara mientras mostraba a su amiga la pulsera de cuero.
- ¡Pensaba que la había perdido para siempre! – gritó Maat con alegría.

Kiara la ayudó a ponérsela y la anudó con el doble de fuerza, no fuera que volvieran a tener algún problema con ella.

- Mira lo que he encontrado yo – le dijo Maat. – Pero tienes que estar en silencio.

La niña guió a su amiga atravesando el tejado, pisando con cuidado sobre las tejas, con tal tranquilidad que parecía que volaban sobre estas, apenas rozando sus pies contra el rojo.

Y por el otro lado vieron a gente con ropajes extraños, túnicas, que se encontraban junto a máquinas extrañas y por todos lados había pocimas y frascos llenos de líquidos de los más extraños colores. Esas túnicas no estaban solas si no que había muchos soldados de los esclavos y entre toda aquella marea de gente, Kiara pudo distinguir al gladiador que le había regalado el cristal de azúcar.

Sabía perfectamente quienes eran aquellos vestidos con túnicas. Alquimistas.

Y hasta aquellas niñas pudieron darse cuenta de todo lo que se precipitaba sobre Androl.